

Anne
Weber

ANNETTE, UNA EPOPEYA

¿Qué lleva a una persona a implicarse y a oponer resistencia? ¿Qué está dispuesta a sacrificar? ¿Cuáles son los límites? ¿Qué puede conseguir realmente? Con la fuerza de un lenguaje insólito que le ha valido el mayor reconocimiento de la literatura en lengua alemana de 2020, Anne Weber narra este convulso recorrido vital que es, a la vez, un agudo reflejo del siglo xx: la vida de Anne Beaumanoir; y lo hace en forma de epopeya, una epopeya en femenino. Una mujer que se unió a los diecinueve a la Resistencia francesa; a los diecinueve y medio desobedeció las normas del movimiento cuando decidió salvar la vida de dos adolescentes judíos. Después vinieron la carrera de neurofisiología, el matrimonio, los hijos... La guerra había terminado y parecía que su vida se reconducía por caminos más convencionales, pero unos años más tarde estalló la Guerra de Argelia, que ofreció a Annette la oportunidad de oponer una nueva forma de resistencia en nombre del Frente de Liberación Nacional (FLN), razón por la cual acabó siendo detenida y condenada a diez años de prisión. Tras una azarosa huida llegó primero a Túnez y después a Argelia, donde formó parte del primer gobierno independiente bajo las órdenes de Ben Bella, hasta que un golpe de Estado la obligó de nuevo a huir... Esta es su vida en pocas palabras. Pero ¿cómo contar los anhelos y aspiraciones de Annette, sus dudas y sus hazañas? ¿No sería mejor cantarlas?

Anne Beaumanoir es uno de sus nombres.

Existe, sí, existe en un lugar distinto de estas páginas, llamado Dieulefit, que significa Dios-lo-hizo, situado al sur de Francia.

Ella no cree en Dios, pero Él en ella sí.

Y si Él acaso existe, a ella así la hizo.

Ella es muy mayor, pero quiere el relato que a la vez no haya nacido. Hoy, a sus noventa y cinco años, viene al mundo en esta hoja en blanco, a un vacío impenetrable al que lanza miradas de topo, largas y redondas, que poco a poco se llena de formas y colores, de padre madre cielo tierra agua.

Cielo y tierra permanecen ante sus ojos, pero el agua viene y va, fluye con fuerza hacia el lecho seco del río Arguenon, donde dos veces al día endereza las barcas que llevan horas sobre el costado. Dos veces al día regresa al mar, al Canal de la Mancha, como aquí lo llaman, o solo La Manche, «La Manga», aunque no es un canal ni una manga, nada hueco, pues, un brazo más bien: un brazo de agua que el Atlántico extiende hasta el mar del Norte. Suavemente se acuestan de nuevo las barcas, sobre el vientre.

En el cosmos del cuarto, aún deshabitado, flotan cuatro y a veces hasta seis ojos o astros brillantes. Como en la cámara oscura, cuando los contornos emergen lentos de la nada, comienzan a dibujarse rostros alrededor de los astros. Madre. Abuela.

Padre. La niña, llamada Anne, aunque todos le dicen Annette (pronúnciese «anet»), pone esos planetas en órbi-

ta.

De Annette está Anne (la actual), a sus años, el doble de lejos de lo que su abuela estaba entonces, pero en algún lugar asombrosamente lejano y cercano esa niña sigue existiendo. Es una con ella, no está consumida ni muerta, duerme, sigue estando ahí.

Nace Annette en un callejón sin salida, y no solo en sentido figurado, como todos nosotros. La casa de la abuela cierra una hilera de humildes casitas de pescadores, que termina allí donde el río empieza.

Cada casita tiene una estancia inferior común y a izquierda y derecha un cuarto bajo el tejado. «La casa de la abuela» no quiere decir que sea propia. Vive de alquiler. El alojamiento es miserable, y por eso la renta es igualmente baja, pero lo escaso sigue siendo mucho para ella, que pronto enviudó y ha criado a sus hijos con lo que saca de la *pêche à pied* o pesca sin barca.

Día tras día, con la marea baja, se pone en marcha y rebusca sin cesar entre la arena mojada todo tipo de bichos marinos: almejas blancas, cangrejos verdes, almejas babosas, bocinas de mar, que carga a la espalda en una cesta y lleva a muchos pueblos de los alrededores –Saint-Éniguet, La Ville Gicquel, Le Tertre, Notre-Dame-du-Guildo o Le Bouillon– para venderlos.

La madre de su madre nació en el siglo XIX en Bretaña, que es casi como decir dos siglos más atrás; era una de tantos hijos de campesinos desvalidos, incapaces de alimentar a su prole, por lo que, uno tras otro, los daban en servidumbre a los ricos.

La vaquerita es muy pobre. Durante mucho tiempo – ¡qué impresión para su nieta menor!– no lleva bragas. No tenía. Dormía sobre la paja. El sueldo anual eran un par de zuecos nuevos y, cada dos años, además, bien una capa y

un par de medias o bien una falda y una chaqueta, lo cual no era ningún lujo, porque ella aún no había dejado de crecer. Nunca fue a la escuela. *Illettré* se dice cuando una o uno de sus semejantes no es ducho en lectura ni en escritura.

A los cincuenta años por vez primera –Annette tendrá unos siete–, advierte que su madre nunca le dio un beso, y ella, que jamás antes se había quejado, rompe a llorar. Así, sentadas juntas, abuela y nieta se besan y se besan y se besan y lloran. De su padre solo recuerda lo tosco que era. A sus hermanos, niños y niñas siervos, como ella, jamás los nombra, puede que estén muertos, que hayan desaparecido o que vivan por allí cerca. Annette quiere con locura a esa abuela, que rica es no por sus bienes y culta no por sus lecturas.

Como todos nosotros, tiene otra más. A esa no la quiere tanto. Es la madre de su padre, una Beaumanoir, que significa «hermosa mansión» y que, de hecho, es la familia mejor situada en un lugar que no sabe de círculos elevados.

También *madame* Beaumanoir es viuda y es hija de notario. En sus primeros años de vida, Annette no tiene ocasión de conocer a la abuela número dos. Los puentes entre madre e hijo se desmoronaron el día en que ella le prohibió tomar a la muchacha de la casita de pescadores –una de las hijas de la abuela número uno– por esposa, por lo que *madame* Beaumanoir debió de sufrir mucho, pero ¿qué hacer si no?

Todo en ella se rebeló contra aquel enlace desigual, del que poco tiempo después, para su disgusto, nació una Annette. Ella cree que su hijo debe estar a la altura y mucha razón tiene; de hecho, a la altura está, puesto que renuncia a la valiosa compañía y herencia maternas en favor de su amada. En ese momento son apenas unos críos, los dos menores según dicta la ley y no aptos para casarse sin

consentimiento paterno, así que Annette, como sucede en los cuentos bretones, nace en la casita de la abuela número uno y fuera del matrimonio, mas no fuera del amor, si bien, de momento, en ningún registro queda constancia.

Sus padres son felices, cabría afirmar, pero ¿puede ser eso cierto y posible así dicho, en general?

¿No dicen que la felicidad es, si acaso, momentánea? Pero ellos son felices siempre, y quien tenga prueba en contrario puede tomar la palabra, ha llegado la ocasión.

La felicidad es la tónica de sus vidas. Imbuída desde el inicio de esa música cálida, imperceptible, provista con los ojos claros y el mismo corazón impávido que sus padres, hace Annette su aparición.

Sus padres no solo son lo que se dice felices, sino que además son lo contrario el uno del otro. Jean es alto y Petite Marthe menuda, él tranquilo y mesurado, ella inquieta y locuaz, pero sensata a un tiempo, y muy buena narradora, de las que dejan boquiabierto. Él la llama «mi sufragista», refiriéndose así no tanto a su feminismo, sino a que tiende a enfurecerse en exceso ante la injusticia y a estallar en ira; en su propio idioma se diría que es una *soupe au lait* o sopa de leche, en definitiva, una de esas sopas que hierven rápido y rebosan. Lo ha aprendido todo sola, y ese «todo» tal vez no sea todo, pero sí mucho: disfruta leyendo y jugando al pimpón; conducir es lo único que no logra, por impetuosa.

No es de extrañar, pensará cualquiera, que en circunstancias tan favorables la hija se convirtiese en lo que se convirtió, en eso que un texto de solapa –dado que el cúmulo de décadas hazañas esfuerzos desbordaría cualquier cubierta– apenas logra resumir.

De ser eso cierto, que solo las circunstancias determinan el futuro, quedaríamos libres de toda responsabilidad,

de toda culpa y remordimiento.

Pero no es tan sencillo. Lo principal aún está por llegar; queda por hacer.

Annette tiene por ahora casi cinco años, sí, pronto los cumplirá, pero ¿podrá llegar? Una pregunta absurda formulada desde el hoy, aunque por entonces la respuesta era muy incierta. Pues está gravemente enferma y ni siquiera está consciente, aunque luego despierta y lo primero que ve es la bicicleta que le han regalado por su cumpleaños. De la crisis mundial nada han sabido sus padres, ellos pasaron su propia Gran Depresión, al pie de la cama de su única hija y sin ganas de rezar, pero siguiendo con angustiosa precisión las indicaciones del médico, sin que él mismo creyera realmente que la niña podría salvarse.

Meningitis aguda. Lo peor ya ha pasado. Annette ha vuelto en sí, solo que no es automático, sino un proceso lento, pues transcurridos incluso noventa años, sabe que sus músculos piel articulaciones tendones y tripas fueron los primeros en reaccionar, aunque solo cuando el oído se recuperó pudo percibir las voces de sus padres.

Junto al lecho de la convaleciente se celebra una cumbre con las dos abuelas.

Madame Beaumanoir coincide con *la mère Brunet*, así llaman en el pueblo a la abuela número uno.

Enchantées, ambas muy, pero que muy *enchantées*, y ante todo encantadas de que la niña se haya repuesto. Los padres de Annette son entretanto mayores de edad y se han casado.

Annette lleva ahora el apellido de su padre y de la abuela número dos, ya reconciliada, y sobre el papel se llama Raymonde Marcelle Anne Beaumanoir. La casita de pescadores la abandonó hace tiempo y, con sus padres y *mémère*, se mudó al otro lado del puente sobre el Argue-

non o Pont du Guildo, en cuya construcción colaboró el marido de *mémère*, que vino a trabajar de herrero, pero que, tan solo cinco años y tres hijos después, murió (de tisis). La nueva casa, que vuelve a ser solo una casita, está en la otra orilla, frente al lugar donde nació. Del río que separa ambas casas –ancho y caudaloso con la crecida– quedan dos regatos con la bajamar.

Mira, las casas felices, podría pensar alguien que hoy estuviese de pie, en el puente, contemplando las dos casitas, a derecha e izquierda. En el pasillo de la segunda, entre la puerta principal y la de la alcoba de matrimonio, que sirven de porterías, la familia juega al fútbol antes de cenar, hasta que se marca el décimo gol.

Luego se desata un cuerpo a cuerpo, como suele ocurrir en las casas felices, donde es signo de... eso, de felicidad.

Cuando hay baile y tocan allá abajo, junto al puente, *mémère* y Annette bailan polca en la cocina, con la ventana abierta.

Jean, el padre de Annette, es socialista, pero el cura – estamos en Bretaña y el cura es católico–, por tanto *monsieur le curé*, suele venir a cenar, lo cual no tiene nada de extraño si se sabe que, nada más ocupar el cargo, implantó la misma vela para todos, o mejor dicho, velas de un mismo tamaño.

Hasta entonces las comuniones se celebraban según lo ricos que fuesen los padres: uno llevaba una velita muy delgada; otro –p. ej. el pequeño Dibonnet– iba precedido por una suerte de velón.

El padre ha hecho buenas migas con ese cura y, para no causarle un gran disgusto, decide que Annette hará la comunión (a Marthe, la madre, no le emociona la idea, pero también ella aprecia al cura). Así se suceden dos semanas de «estallido místico» (Annette *dixit*) que sin duda algo son, pero que, a lo largo de casi un siglo, son más bien

poco. Antes y después: nada. Como en la novela de Dumas, allí conviven los azules y los blancos, es decir, los republicanos y los monárquicos, aunque los últimos no sean por fuerza monárquicos, pero sí tradicionalistas y además católicos. Los azules siguen siendo republicanos, y también laicistas, lo cual significa que desean separar a la Iglesia de sí mismos, claro está, pero sobre todo del Estado y, a ser posible, que tampoco tenga nada que decir.

Eso persiste en Bretaña como puro deseo, o impuro más bien. En Le Guildo hay una escuela femenina, de religión católica, a la que van casi todas las niñas, incluso las hijas de algún rico labriego y las de los aparceros del señorío, porque duque también hay, y además tiene un castillo.

A la otra escuela, que administra el Estado, van las hijas entre pobres y pobrísimas de pescadores *au long cours*, que faenan en altura y pescan bacalao en cantidad frente a Terranova para, pasados unos meses y puesto en salazón, traerlo de vuelta a casa. También allí van las hijas de pescadores de bajura, y dos o tres hijas de campesinos, treinta niñas en total, una clase entera, pues la *école laïque* a más no llega.

Allí es donde Annette aprende a leer y a escribir y, nada más hacerse con los rudimentos, comienza a instruir a *mémère*, que, de hecho, no domina lo uno ni lo otro.

Como aula les viene de perlas la cueva que se abre bajo la manta de Annette. Al cabo de unos meses, las dos consiguen leer, o más bien descifrar palabras. Con ayuda de Annette, *mémère* escribe una frase memorable: «Hoy he preparado una sopa con patatas y puerros del huerto». A su yerno le lee en voz alta, si bien con algo de esfuerzo —y aun así lo consigue—, la definición de un diccionario, la pena es que no haya trascendido de qué palabra se trataba.

Pero hay algo cierto: bajo la manta, el «siglo de las luces» guarda todo su sentido.

Otro cuarto de siglo después, la abuela se está muriendo. Annette está a su lado y, para soportar la despedida, se aferra al libro que está leyendo, pero que en realidad no lee, solo lo lleva consigo. Es de Arthur Koestler y se titula *Darkness at Noon*, «Oscuridad a mediodía», traducido al alemán como *Sonnenfisternis*, «Eclipse solar». En la cubierta de la edición francesa pone *Le zéro et l'infini*, que significa «El cero y el infinito», tres títulos, pues, que en esta cámara mortuoria cobran un nuevo sentido.

La moribunda alarga su mano enjuta hasta tocar el libro, lo observa durante un tiempo y después –esbozando una sonrisa con los labios– señala con el meñique nudoso la zeta de zéro y, en voz muy queda y con un toque de picardía, dice: De esta ya no me acordaba.

Pausa.

Volvamos al principio, pues la vida de Annette acaba de empezar. Hemos dicho que ya en 1929 tiene su propia bicicleta, cosa que no cualquier niña de cinco años puede afirmar, sobre todo si, como Annette, no tiene unos padres muy ricos, aunque no todas las niñas de su edad son hijas de un campeón de ciclismo; bueno, lo de campeón es mucho decir, pero sí de un deportista que participó en el Tour de Francia, y además a principios de los 20, antes de que Annette naciera.

En Quai du Guildo, situado justo bajo la casa del puente, será donde él abra un negocio de bicicletas y otras máquinas rodantes:

CICLOS Y PEQUEÑA MAQUINARIA AGRÍCOLA,

reza el letrero. Después tuvo el único, no, el segundo automóvil del pueblo, aunque en realidad solo lo utilizaba para trasladar a distintos vecinos de allá para acá, ya que

en Le Guildo había escasez de taxis gratuitos. Un poco más allá, pero en el mismo muelle, viven en invierno y en tres carrromatos lo que antes eran gitanos y en francés llaman *romanichels*. Es una familia circense a la que su padre repara gratis el monociclo, más lo que surja, y con cuya hija –una de varias– suele jugar Annette, por más que *mémère* se empecine en afirmar que esa niña tiene piojos. Y por más que el papa dijera lo contrario, ella no lo creería, y eso que es la única en la familia que se cree algo de lo que él dice.

En vano se esfuerza *mémère* por que las dos niñas no junten las cabezas, y se esmera en asear a la pequeña despacio, con un peine muy fino que tiene, para luego mimarla con unos *crêpes*.

Como se ve, las tres generaciones y los cuatro Beau-manoir son muy buenos vecinos, en realidad los mejores, por eso las gitanas los bendicen sin descanso.

Al igual que sus padres, los niños de la escuela se dividen en dos: están los del campo y los del mar, los campesinos y los marineros, esos que gorgotean cuando hablan, junto a los cuales los demás se sienten seres civilizados.

El que habita en la desembocadura del río, aunque no se haya hecho a la mar, vive de cara a ella, a la inmensidad.

La marea remonta las pequeñas barcazas río arriba, deben descargarlas con rapidez, antes de que el agua se retire.

A menudo saltan a tierra unos marineros a los que nadie entiende y con los que, pese a todo, se conversa. *La maîtresse*, la maestra, es viuda de un oficial de la marina mercante cuyo barco, tripulación incluida, fue engullido al noroeste del Atlántico, frente a la costa de Islandia.

Ella, en cambio, vive y colea cada mañana, frente a su clase, en la que hay dos niñas llamadas Germaine, más o

menos igual de torpes, aunque la *maîtresse* solo castiga a una de ellas tirándole de las trenzas. ¿Cuál de las dos niñas será la hija del ilustrísimo alcalde?

Que Annette pronto desarrolle el sentido de la injusticia se debe, entre otras cosas, al influjo decisivo de esta su primera maestra.

Entra como *interne* en el Collège de Dinan, la escuela pública para los alumnos mayores de once. *Interne* significa que vive y come en el colegio y solo regresa a casa cada dos semanas, con sus padres y *mémère*. En el autobús observa a un muchacho llamado Jean-Baptiste, no, su verdadero nombre no lo conoce, pero lo llama así por ser tan delgado y de oscuros rizos, como Juan el Bautista.

¡Sí que empieza pronto! Pero él no se entera.

A los trece años, en 1936, Annette pasa su último verano en casa de sus padres, junto al mar. *Mais qu'est-ce que c'est que tout ce monde?* Pero ¿de dónde ha salido toda esta gente? Los socialistas y los comunistas han implantado las vacaciones pagadas, solo son quince días, pero menos es nada, viva el Frente Popular, le *Front populaire*. Los veraneantes se bajan en masa de trenes, microbuses y cualquier cosa que rueda, blanden redes de pesca y palas de playa y visten ropa vacacional, una variante específica de los trajes de domingo, ennegrecida por el humo de las locomotoras.

Están por todas partes, cantan, juegan al balón.

Donde estuvo el frente marítimo solo queda otro frente, amplio y popular. Sean de donde sean, todos llegan de París, no solo las criaturas, en general les dicen *parisiens*, como si viniesen de la capital.

Verano del 36. Lo que pasa en Alemania es conocido. En Italia gobierna Mussolini.

En España comienza la guerra civil.

A una joven de trece años que vive en una aldea de Bretaña todo esto le queda más lejos de lo que hoy están Siria o el Chad, pero las apariencias engañan, como de costumbre, pues pronto llegan los primeros españoles, o mejor dicho españolas, cuyos maridos están muertos, heridos o presos mientras ellas, junto a sus hijos, encuentran refugio en Bretaña.

Annette ya no es *interne* desde que sus padres dejaron de vivir en la desembocadura del río y decidieron establecerse en Dinan, donde asisten a las refugiadas españolas y además regentan un café-restaurant, que, en esencia, se parece mucho a un comité de bienvenida, en el cual participan de forma voluntaria y por una cuestión de amabilidad. Annette es pacifista, hasta que a los quince prefiere hacerse terrorista. Mucho la ha impresionado Chen, uno de los protagonistas de *La condición humana*, de Malraux, quien, durante una rebelión comunista y obrera en la Shanghái del 27, después de matar a otro busca su propia muerte.

Así vive el ser humano, muriendo. ¿Muriendo por los demás? O queriendo morir sin más, morir tan solo. Ese querer morir lo salva del deber morir y, con ello, de la condición humana.

A Malraux le dan el premio Goncourt, y puestos a confiar en la rima y en la crítica, es una figura muy equívoca. *Peu importe*, aquí no se trata de eso, sino de la *exaltation*, de verse arrastrado por algo y de la sensación de tener que entregar la vida a una causa un objetivo un ideal. En el 38 llega el primer refugiado alemán, que resulta ser refugiada y se llama Else. «Aunque era alemana, y por tanto de golpe enemiga, era muy hermosa» (Annette *dixit*). Else es de Berlín, mucho no habla y, si acaso, lo hace en un mal francés, pero sí entiende algunas cosas, p. ej. el recelo con que es recibida, así que decide contar la historia de su tío, que estaba en su propio negocio cuando unos tipos que lo frecuentaban fueron y lo lincharon.

Claro está que dice la verdad.

Luego estalla una guerra que, al menos en Francia, todavía no es tal, más bien un estado de tensa espera al que los franceses, pese a no tener nada de divertido, llaman *la drôle de guerre*, una guerra de risa. Mucho más sentido del humor que sus vecinos no es que tengan, pero unos ases de los idiomas tampoco son, de modo que, en vez de *phoney war* o guerra falsa, como dicen los ingleses, ellos entienden *funny war*.

Después llega esa guerra que de risa no era.

La ofensiva se inicia el 10 de mayo de 1940 y acaba el 22 de junio. Esas seis semanas –que fueran seis y no meses, como poco, y que las tropas alemanas se topasen con manteca en lugar de murallas– siguen haciendo mella en los franceses, ochenta años después. En julio marchan los alemanes a *pas de l'oie* o paso de la oca, en alemán *Paradeschritt*, paso de desfile, por las calles de Dinan.

Annette tiene diecisiete y quiere verlo de cerca. Es ahora, en esas semanas, cuando toma una decisión, si es que no lo hizo mucho antes, junto a la desembocadura del río Arguenon.

Cuando el mar se acerca impetuoso, el río le opone resistencia. En primavera y en otoño la pleamar y la bajamar son muy extremas, *les grandes marées* las llaman, o bien las «aguas vivas», *les vives-eaux*. Allí donde el agua salada choca con fuerza contra la dulce ocurre que, sin esperarlo, se levanta un muro de mar, un dique de agua itinerante, llamado *mascaret*.

Es un asunto menor. Ella tiene diecisiete, son vacaciones y alguien la aborda, un señor.

Podría ser este el comienzo de un idilio, pero no. Él se llama S., es prisionero de guerra y junto a otros dos que,

como él, hacen de traductores para la comandancia, lo trasladan a otro punto de la ciudad. Los vigilan con cierta desidia, de modo que S. logra cruzar con Annette, que por allí pasa, unas pocas palabras furtivas. Se trata de recoger, frente al muro del viejo cuartel –hoy un campo de prisioneros–, varios paquetitos para llevarlos a la dirección indicada en el más pequeño (las que figuran en los otros son de mentira). ¿Le importaría hacerlo? ¿Ustedes que creen? Así es: ella acepta. En la dirección señalada vive una hermosa y valiente modista que sabe sacar algo de la nada, de modo que esos paquetes no van a ser menos. Lleva su melena rubia trenzada en una diadema y cuentan que dejó tras de sí una *vie de folie*, una vida alegre o más bien reprobable allá en París, tal como atestigua su hijo, que ahora está preso en Alemania.

Annette ve a S. dos, tres veces más, antes de que él se esfume, en dirección a Londres, como años después sabrán.

Entre varias cosas le deja *La esperanza, L'Espoir*, de nuevo una novela de Malraux –sobre la guerra civil española, que S. conoce desde dentro–, y unos cuantos libros más que lleva en su equipaje.

Luego desaparece. Entonces ella conoce a gente que la pone en contacto con miembros de la Resistencia, p. ej. un *institut* o maestro de escuela, quien, durante ese verano y el siguiente, le pide que coja la bicicleta y lleve toda clase de cosas de allá para acá. Y como casi todo, también eso de resistir se parece poco a lo que uno cree: no es una decisión aislada ni evidente, sino un lento e imperceptible adentrarse en algo de lo que no se tiene ni idea. Lo primero a lo que toca resistirse es a uno mismo.

Al propio miedo. ¿Qué pasará si alguien la descubre y la pilla in fraganti con papeles u objetos prohibidos? Entonces aprende que el miedo es algo que se puede vencer.